

mados todavía por el furor de un largo combate, y á quienes empujaban otros cien mil de afuera que querian entrar á su turno. Procuraban los electores justificar á Fleselles á los ojos de la multitud; pero ya empezaba á temblar el infeliz y exclamaba con el semblante pálido «veo que inspiro sospechas y voy á retirarme; no, gritaba el pueblo por todas partes, venid al palacio real y allí «se os formará la causa.»

Dispónese á obedecer seguido por el gentio que le rodeaba y apretaba, pero apenas llegó al muelle *Pelletier*, cuando cayó muerto de un pistoletazo. Se aseguró que se le habia cogido á Delaunay una carta en la que le decia Fleselles «manteneos firmes mientras yo tengo entretenidos á los parisienses con escarapelas.»

Estos son los infaustos acontecimientos que se verificaron aquel dia, y no tardó el terror en suceder al entusiasmo de la victoria. Aturdidos de su propia audacia y temiendo hallar el dia siguiente una autoridad formidable, ya no se atrevian los vencedores á nombrarse. A cada minuto corrían voces de que se adelantaban las tropas para saquear á París, pero Moreau de San Mery, aquel mismo que la víspera habia contenido á los bandidos con la amenaza de volar la casa de la ciudad, se mantuvo firme y, en pocas horas, espidió mas de tres mil órdenes. Luego que se supo en el

ayuntamiento que habia sido tomada la Bastilla, los electores dieron parte á la asamblea que recibió la noticia á cosa de media noche. Estaba suspendida la sesion, y sin embargo corrió la noticia con suma rapidez. Hasta aquel momento la corte, que no podia suponer tanta energia en el pueblo, se reia de los esfuerzos de una multitud ciega que intentaba apoderarse de una plaza que en otro tiempo habia sitiado en vano el gran Condé; por lo tanto estaban todos muy tranquilos y se burlaban de cuanto se les decia. Sin embargo empezaba el rey á inquietarse, y sus últimas contestaciones daban sobrados indicios de su pena. Estaba ya acostado cuando el duque de Liancourt, tan conocido por sus sentimientos generosos, amigo particular de Luis XVI y que en su calidad de gefe de la guardarropa tenia entrada franca en palacio, vino presuroso á verse con el monarca; mandó despertarle, no obstante la oposicion de los ministros, y le descubrió todo lo que habia pasado. «¿qué rebelion es esta, exclamó el príncipe? Señor, replicó el duque de Liancourt *llamadla revolucion.*» Desengañado el rey con lo que el duque le decia, consintió en ir la mañana siguiente á la asamblea, á lo que accedió tambien la corte, y se resolvió dar esta prueba de confianza. En aquel intervalo se habia vuelto á abrir la sesion de la asamblea, que ignorando las nuevas disposiciones

inspiradas al rey, trataba de enviarle por última vez una diputacion para persuadirle y lograr todo cuanto le quedaba todavía por conceder. Esta diputacion era la quinta que se dirigia al monarca desde aquellos funestos acontecimientos. La componian 24 diputados é iba yá á salir cuando la detuvo Mirabeau, pronunciando en un tono mas vehemente que nunca, estas palabras: «decid al rey, repetidle, que las hordas estrangeras que nos rodean recibieron ayer la visita de los príncipes y de las princesas, de los favoritos y de las favoritas; que les prodigaban caricias, exhortaciones y regalos. Decidle que durante toda la noche, esos satélites estrangeros cevados con oro y con vino, han celebrado en sus cánticos impíos la esclavitud de la Francia, invocando en sus votos feroces la destruccion de la asamblea nacional; decidle, que en su mismo palacio han bailado los cortesanos al eco de esa música sacrílega, y añadid que tales fueron los preludios del dia de San Bartholomé.»

«Decidle que aquel Enrique, cuya memoria bendice el universo, aquel á quien quiso tomar por modelo entre sus abuelos, permitia entrar víveres en Paris mientras que lo sitiaba en persona, al paso que por órden de sus feroces consejeros se mandan retroceder las harinas que dirige el comercio á Paris, tan fiel como necesitado.»

Estaba ya en marcha la diputacion cuando se anunció que venia el rey, *propio mótu* sin guardias ni comitiva, y ya empezaban los aplausos. «Aguardad, dijo Mirabeau con gravedad, que nos haya dado á conocer el rey sus buenas disposiciones, manifestemos en este momento de dolor un respeto silencioso. El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes.»

Entró en el acto Luis XVI acompañado de sus dos hermanos y escitó el mas vivo entusiasmo con un discurso tierno y sencillo. Procuró inspirar confianza á la asamblea, á quien dió por la primera vez el título de nacional, quejándose con dulzura de las sospechas concebidas «habeis recelado de mí, les dijo: pues bien, yo soy el que me fio de vosotros.» Escitaron estas palabras los mas vivos aplausos, de modo que se levantaron los diputados y rodeando al monarca, le acompañaron á pie hasta su palacio. Iba rodeándole una multitud inmensa llorando todos de gozo, y apenas podia el rey abrirse paso en medio de tan numerosa comitiva. En aquel momento la reina, puesta con toda su corte en un balcon, contemplaba á lo léjos aquella tierna escena, teniendo en brazos á su hijo y á su hija en pie á su lado, jugueteando inocentemente con los cabellos de su hermano. Conmovida la reina parecia complacerse con aquella demostracion de amor de parte de los franceses.

Cielos! cuantas veces se han reconciliado recíprocamente y enternecido los corazones durante aquellas funestas discordias. Todo parecia olvidado por un momento; pero al dia siguiente, el mismo dia tal vez, volvía la corte á su acostumbrado orgullo, el pueblo á sus sospechas y tornaba á seguir su curso el odio implacable de unos y otros.

Estaba hecha la paz con la asamblea, pero quedaba por hacerse con Paris. Desde luego envió aquel cuerpo una diputacion á la casa de la ciudad, para dar parte de la feliz reconciliacion con el rey. Figuraban entre los enviados Bailly, Lafayette y Lally-Tolendal, cuya presencia ocasionó la mas viva alegría. El discurso de Lally en particular produjo tal efecto, que se le llevó en triunfo á la ventana de la casa de la ciudad para mostrarle al pueblo. Le pusieron en la cabeza una corona de flores, siendo de notar que se le tributaban aquellos homenajes en frente de la misma plaza, donde habia espirado su padre con una mordaza en la boca. Con la muerte del desgraciado Fleseilles y con haber reusado el duque de Aumont ⁴¹ el mando de la milicia urbana, habia que nombrar un prevoste y un comandante general. Se designó á Bailly, y en medio de las mas vivas aclamaciones fué nombrado sucesor de Fleseilles, bajo el título de corregidor (maire) de Paris. Con la misma corona que habia servido á Lally corona-



ron al nuevo magistrado, el cual quiso quitársela, pero á pesar suyo se la tuvo puesta en la cabeza el arzobispo de Paris, con lo que vertiendo lágrimas el virtuoso anciano, se resignó á sus nuevas funciones. Por mas que Bailly fuese un digno representante de una asamblea numerosa en presencia de la magestad del trono, no se hallaba con la fuerza necesaria para resistir á las continuas borrascas de una municipalidad, donde la multitud luchaba tumultuosamente contra sus propios magistrados. Pero haciendo abnegacion de sí mismo, osó tomar sobre sí la difícil empresa de proporcionar subsistencias á un pueblo que le habia de pagar mas tarde con tanta ingratitud. Solo faltaba nombrar un comandante de la milicia; y como hubiese en el salon un busto regalado por los americanos libres á la ciudad de Paris, y habiéndole señalado con la mano Moreau de San-Mery, llamó la atencion de todos los concurrentes. Este busto era el de Lafayette, á quien por unanimidad de votos se proclamó comandante. Inmediatamente despues se determinó cantar un *Te Deum*, con cuyo objeto se dirigió la multitud á la iglesia de Nuestra Señora. Iban de brazero los nuevos magistrados, el arzobispo de Paris y los electores mezclados con los guardias franceses y soldados de la milicia, todos llenos de júbilo dirigiéndose á la antigua catedral. En el ca-

mino se echaron á los pies de Bailly una porcion de niños espósitos dándole el nombre de padre, que ciertamente merecia por haber trabajado mucho en favor de los hospitales. Los abrazó Bailly llamándoles hijos, y de este modo llegó por fin la comitiva á la Iglesia donde se celebró la ceremonia, y en seguida la gente se esparció por la ciudad, en la cual se habia convertido en júbilo todo el terror de la víspera. En aquel mismo momento acudia el pueblo curioso á visitar la fortaleza tan temida en otros tiempos y cuya entrada estaba ya franca. Se recorria la Bastilla con una ansiosa curiosidad, si bien mezclada todavia de un poco de terror. Procuraban descubrir los instrumentos de los suplicios y los profundos calabozos; pero particularmente una piedra inmensa colocada en medio de una pieza obscura y húmeda en cuyo centro estaba clavada una fuerte cadena.

No menos alucinada la corte en sus recelos que lo habia sido en sus confianzas, tenia tanto temor del pueblo que á cada instante se imaginaba ver un ejército parisiense marchando sobre Versalles. Salieron entonces de Francia el conde de Artois* y la familia de Polignac, tan querida de la reina, siendo estos señores los primeros emigrados.

* El mismo que fue luego Carlos X.

Aquel mismo dia vino Bailly á tranquilizar al rey y suplicarle que viniese á Paris, como lo hizo á pesar de la resistencia de la reina y de la corte.

Dispuso el rey su partida con acompañamiento de 200 diputados designados al efecto. La despedida de la reina fué profundamente dolorosa, y los guardias de corps formaron la escolta hasta Sevres, * donde se detuvieron hasta la vuelta del rey de Paris. Fué recibido á las puertas de la ciudad por Bailly al frente del cuerpo municipal, y le presentó las mismas llaves que fueron ofrecidas á Enrique IV. Este buen rey le dijo Bailly, conquistó á su pueblo, el pueblo es hoy el que vuelve á conquistar á su rey. Legisladora en Versalles, la nacion estaba sobre las armas en Paris, y Luis XVI se vió rodeado á su entrada en la capital de una multitud silenciosa y formada instantaneamente. Llegó á la casa de la ciudad pasando por debajo de una bóveda de espadas cruzadas sobre su cabeza en señal de honor y lealtad. El discurso que pronunció entonces fué sencillo y tierno, de modo que el pueblo que no podia ya contenerse, prorrumpió en los aplausos acostumbrados al monarca.

Estas aclamaciones aliviaron algun tanto su co-

* Pueblecito situado á dos leguas de Paris y otras dos de Versalles, donde está la famosa fábrica de porcelana de este nombre.
(N. del T.)

razon ; pero sin embargo no pudo disimular el movimiento de alegría que le causó á la vuelta la vista de los guardias de corps que le aguardaban en las alturas que rodeaban á Sevres ; y cuando llegó á Versailles la reina se le echó al cuello abrazándolo , como si hubiera temido no volverle á ver.

Para satisfacer enteramente el deseo popular , reintegró Luis XVI á Necker , y despidió á los nuevos ministros. Eligió la asamblea por su presidente á Mr. de Liancourt, amigo y excelente consejero del rey , con lo cual cedieron por fin y tomaron parte en las votaciones los diputados nobles , que aunque asistian á las deliberaciones se habian negado hasta entonces á tomar parte en ellas. Allí se acabó la lucha de los estamentos y desde aquel instante se pudo considerar como consumada la revolución. Dueña del poder legislativo por medio de la asamblea , y de la fuerza pública por si misma , podia la nacion realizar en adelante todo lo que fuese útil á sus intereses. Por haberse negado á la igualdad de contribuciones habia sido necesario apelar á los estados generales , y por haber reusado en ellos una justa reparticion de la autoridad , se habia perdido todo el influjo. Ultimamente por haber querido recobrar este influjo, se habia sublevado Paris y proporcionado á la nacion la oportunidad necesaria para apoderarse de la fuerza pública.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO SEGUNDO.

PAGINA 115.

1 Carlos Luis Francisco de Barentin fue nombrado guardasellos en reemplazo de Mr. de Lamoignon en 19 de setiembre 1788 á causa de la buena reputacion que habia adquirido siendo presidente de la cámara de arbitrios de Paris. Su nuevo empleo no dejaba de ofrecer dificultades nacidas de los primeros trastornos de la revolución. El fue quien hizo la apertura de la asamblea de los notables y de los estados generales teniendo que pronunciar un discurso en cada una de ellas , lo cual hacia bastante medianamente. Su empeño en sostener las que entonces eran prerrogativas de la corona le atrajo la animadversion de los diputados , y en particular de Mirabeau, quien le echó en cara públicamente que daba muy malos consejos al rey. En consecuencia se apresuró á dar su dimision y fue reemplazado por el arzobispo de Tolosa. El 18 de Noviembre 1789 fue acusado ante el tribunal de vigilancia de Paris de haber entrado en una conspiracion dirigida á formar una reunion de tropas en las cercanias de la capital para oprimirla. Pero á pesar de los esfuerzos de Garande-Coulon , le declararon inocente en 1.º de marzo 1790. Poco tiempo despues emigró á Londres y no sabemos si vive aun aunque probablemente habrá muerto.

PAGINA 118.

2 Era Cazales hijo de un consejero del parlamento de Tolosa y servia en clase de capitán del regimiento de